

Jaime Osorio
**Auge y crisis
de la economía chilena,
1973-1982**

INTRODUCCIÓN

La crisis mundial que durante más de una década ha asolado a las economías capitalistas, ha provocado profundos cambios en la economía mundial. No sólo el sistema monetario y financiero internacional ha sido remecido por la crisis como lo sintetiza en gran medida la ruptura del dólar con el patrón oro; también la división internacional del trabajo, establecida en sus líneas fundamentales luego de la segunda guerra mundial, ha sido objeto de significativas readecuaciones. Áreas productivas y mercados que constituían patrimonio de algunas economías centrales, pasan hoy a ser objeto de agudas disputas, con desplazamientos y nuevos liderazgos que no acaban de consolidarse.

América Latina constituye uno de los campos privilegiados de estos enfrentamientos interimperialistas y de las presiones por establecer nuevas líneas con el capital internacional. Inmersa en este terreno, la débil economía chilena no ha escapado a la situación. Por el contrario, su creciente ligazón con el mercado mundial y los centros financieros internacionales, establecida férreamente bajo el gobierno de Eduardo Frei y no revertida en el periodo de Salvador Allende, favoreció la maduración de tendencias que exigieron una nueva integración productiva del país con el capital imperialista y una nueva inserción en el mercado mundial.

La agudización de la lucha de clases desde fines de los años sesenta acrecentó los problemas históricos del capitalismo chileno. La requisita de empresas y la disminución de la tasa de explotación bajo el gobierno de la Unidad Popular alentaron la crisis de acumulación que se arrastraba desde los años cincuenta. El golpe militar de septiembre de 1973, además de resolver la crisis de dominación burguesa, contribuyó a adecuar la situación interna con la situación del capital internacional, mediante una más estrecha ligazón de la economía chilena con los centros imperialistas.

A partir de 1973, junto con las transformaciones que se han operado en el plano estatal del sistema de dominación, se desarrollan cambios que han afectado radicalmente las esferas productivas y de circulación del capital. El neoliberalismo monetario es la política económica que orienta e impulsa

estas readecuaciones. La jibarización del papel económico del Estado y la constitución del mercado como núcleo rector de las actividades económicas y distribuidor de los beneficios, son dos de las vigas maestras de la reconversión de la economía.

Esta política económica rebasa a la economía chilena y ha ganado creciente espacio en los últimos años —tanto en países capitalistas desarrollados como en países capitalistas dependientes—, al erigirse en una de las fórmulas del gran capital financiero internacional para reordenar la economía mundial:

El análisis del proceso económico en Chile presenta particular interés no sólo por haberse implementado tempranamente un proyecto monetarista, sino por constituir una avanzada de las soluciones que el gran capital impulsa en la región en forma creciente y preanunciar el tipo de desarrollo capitalista que se busca construir en países de similares condiciones materiales.

En las páginas que siguen buscamos mostrar las nuevas características que predominan en la economía chilena. Para tales efectos no haremos una revisión pormenorizada y cronológica de la política económica aplicada desde el golpe militar, sino que sólo nos detendremos en aquellos aspectos que permiten descifrar la lógica del nuevo patrón de reproducción de capitales puesto en marcha.

1. Los límites del modelo diversificado

Algunas de las características de la reproducción de capitales imperante en Chile hasta 1970 eran su carácter diversificado en el plano de la producción y su tendencia a trasladar el eje de la acumulación hacia las llamadas ramas dinámicas.¹ En el plano de la circulación era ostensible su viraje hacia el mercado mundial (o regional) como centro fundamental de realización. Ambas tendencias apuntaban a ser resueltas con la incorporación de Chile al Pacto Andino.

La incapacidad de la fracción burguesa industrial dinámica por imponer su hegemonía en el seno del bloque burgués y sobre el conjunto de la sociedad constituyó uno de los factores que restaron fuerza a la realización plena de este modelo de desarrollo. El golpe militar resolvió esta debilidad al abrir el espacio político para el impulso del proyecto. Sin embargo, el marco internacional del capitalismo había sufrido variadas modificaciones, dejando caduco el proyecto a mitad de camino. La estrechez de los mercados internos de la mayoría de las economías latinoamericanas no se lograba superar mediante los proyectos integracionistas, lo que ponía serias trabas a la expansión productiva. Por otra parte, el carácter diversificado de este proyecto de industrialización quedaba fuera de las posibilidades de un

¹ Ruy Mauro Marini, “El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación”, en *Reformismo y contrarrevolución*, ed. Era, México, 1976.

conjunto de, economías de menor desarrollo (entre ellas la chilena), al, exigir niveles de acumulación difíciles de lograr sin la aportación del capital extranjero, al cual se le ponían cláusulas limitantes. Los problemas de mercado antes indicados sólo los pudieron encarar con éxito algunos países latinoamericanos, los de mayor desarrollo, los cuales buscaron en otras regiones campo para sus productos, siendo el caso más relevante en este sentido el de la economía brasileña.

A nivel más general debe considerarse que en la última década se había producido un notable fortalecimiento y expansión del capital financiero internacional, el cual bregaba por nuevas áreas de penetración. En el caso chileno, estas presiones se producían en momentos en que la gran burguesía buscaba resarcirse de las dificultades vividas en los años previos al golpe militar y requería de cuantiosas sumas monetarias para iniciar su recomposición clasista y echar las bases de la nueva economía.

Por todas estas razones, el proyecto de desarrollo capitalista vigente hasta 1970 quedó excluido de las nuevas perspectivas de la burguesía chilena y de las burguesías imperialistas. El retiro de Chile del Pacto Andino, en octubre de 1976, marcó el rompimiento formal con el antiguo patrón de reproducción de capitales, rompimiento que se había iniciado en los hechos desde los primeros días del régimen militar.

2. Hegemonía de la burguesía financiera

Es importante destacar que a pesar de esta ruptura, existe continuidad entre 1970 y lo que comienza a construirse en 1973. Son los sujetos sociales que encarnan ambos proyectos los que otorgan ese carácter al proceso. En efecto, la nueva estrategia económica permite el fortalecimiento de la burguesía financiera gestada bajo el gobierno de Eduardo Frei. Es en ese periodo cuando surgen en la escena económica y política del país los llamados grupos “pirañas”, catalogados así por su voracidad en el control de puntos estratégicos de la economía. Es este sector de la burguesía el que encabeza el nuevo bloque estatal bajo la dictadura militar; de acuerdo a un estudio realizado con datos de 1978, estaba compuesto por 36 grandes grupos económicos.²

Sin embargo, esta Línea de continuidad no nos puede hacer perder de vista los cambios producidos en

² Fernando Dahse, *Mapa de la extrema riqueza*, ed. Aconcagua, Santiago de Chile, 1979.

esta fracción burguesa en los últimos años. Si hasta el gobierno freísta constituía principalmente una fracción industrial, que hacía de la banca un elemento auxiliar, en la actualidad constituye la fracción financiera, que ha hecho del sistema financiero el punto vital de sus gestiones para actuar y expandirse en todos los planos de la economía: industria, servicios, agricultura, forestal, pesca, minería, etcétera.

Apoyada en la privatización de la banca, iniciada en 1975, y actuando desde antes bajo las Asociaciones de Ahorro y Préstamo (AAP), la burguesía financiera reinició sus actividades pirañescas, pasando a controlar los centros financieros del país.³ Para 1978 los grandes grupos económicos controlaban más del 60% del crédito en tanto que en los años sesenta no alcanzaron a controlar el 50%.

La creciente actividad financiera ha encontrado un soporte fundamental en los movimientos del capital internacional, el cual, luego de un corto periodo de retracción, se ha lanzado al mercado chileno en forma creciente. De acuerdo a cifras proporcionadas por el Banco Central, el monto de créditos ingresados al país pasó de 262 millones de dólares en 1976 a 1 221 millones de dólares en 1979, incrementándose en un 100% al año siguiente (2 477 millones de dólares) para llegar a 4 502 millones de dólares en 1981.⁴

Las inversiones directas del capital extranjero presentan un ritmo mucho menor, aunque con tendencia al alza. De acuerdo a cifras del Comité de Inversiones Extranjeras, de un total de 2 458.4 millones de dólares aprobados como inversión en 1981, se hicieron efectivos 367.4 millones de dólares, cifra baja en relación con el total autorizado, pero que constituye el monto más alto de inversión directa realizada desde la instauración del régimen militar.

Cabe destacar que en la estructura de estas inversiones han tendido a ganar terreno las inversiones dirigidas hacia el sector industrial y el sector servicios si bien el sector minero sigue constituyendo el principal atractivo del capital extranjero.

3 En 1979 el grupo Cruzat-Larraín controlaba los siguientes bancos, financieras y seguros: Banco Santiago (100%), Banco Hipotecario y de Fomento Nacional (100%), Consorcio Nacional de Seguros de Vida (97%), Consorcio Nacional de Seguros Generales (79%) y Compañía de Seguros.

4 Banco Central de Chile, *Boletín Mensual*, n. 644, octubre de 1981, p. 2426, Santiago de Chile.

Cuadro I

INVERSIÓN EXTRANJERA (1974-1981)

Años	Número de proyectos autorizados	Valores autorizados (millones de dólares)	Monto ingresado (millones de dólares)	Valores de proyectos no mineros (millones de dólares)
1974	12	15.3	2.4	12.1
1975	67	98.7	49.6	75.7
1976	56	149.6	34.8	31.1
1977	55	534.8	48.7	34.8
1978	70	1 266.8	234.4	89.0
1979	116	1713.8	304.5	213.4
1980	153	196.0	304.2	170.1
1981	187	2 458.4	367.4	345.2
Total	716	6 433.4	1 346.0	971.1

Fuente: *Ercilla Económico*, febrero de 1982.

La masiva afluencia de dinero desde el exterior ha provocado como más directa consecuencia el exorbitante crecimiento de la deuda externa, con responsabilidad del sector privado por más del 60% sobre la misma. De un total de 2 767 millones de dólares de deuda en 1970, se ha saltado a los 12 637 millones de dólares en 1981.⁵

Las tendencias anteriores han llevado a diversos analistas a concluir que el capitalismo chileno bajo el régimen militar no es más que un capitalismo especulativo, sin asiento en la esfera productiva, que no ha logrado impulsar un proyecto real de acumulación de capitales.⁶ Frente a lo anterior habría que indicar que —sin dejar de desconocer el sesgo especulativo presente en la actividad de la burguesía chilena— el capital extranjero ha operado en el país bajo las modalidades que constituyen las dominantes en sus movimientos a nivel internacional en las últimas décadas, esto es, como capital a préstamo por sobre la modalidad de inversión directa. Por otra parte, las acciones especulativas y los movimientos del capital foráneo han permitido a la burguesía financiera conformar un mercado de capitales que también ha operado en la esfera productiva, dando marcha a la reconversión de la misma en aras de impulsar nuevas líneas de acumulación. Dirijamos nuestra atención entonces hacia este terreno.

⁵ *El Mercurio*, miércoles 29 de julio de 1981. Para el año 1911 véase *El Mercurio Internacional*, semana del 4 al 10 de febrero de 1982.

⁶ Véase por ejemplo Aníbal Pinto, “El modelo ortodoxo y el des-arrollo nacional”, en revista *Mensaje*, n. 297, marzo-abril de 1981, Santiago de Chile.

3. Los caminos hacia la especialización

En la primera mitad de los años setenta la base material del capitalismo chileno se mostraba totalmente inadecuada ante las nuevas exigencias internas e internacionales requeridas por el capital. Una de las principales trabas del proyecto de desarrollo vigente hasta 1973 lo constituyó su intento de establecer una industrialización “orgánica”, esto es, desarrollar una amplia gama de ramas industriales, incluidas las de bienes de capital, en momentos de crisis de acumulación y de contracción de los mercados por la crisis mundial, que se agregaba a la limitación de los estrechos mercados regionales. Ante tal situación, la burguesía industrial dinámica se planteó nuevas líneas de acumulación impulsando un proceso altamente especializado y restringido que conllevaba una industrialización “desequilibrada”. Se trataba de construir una nueva base productiva aprovechando las llamadas “ventajas comparativas” que presentan ciertos rubros en el mercado mundial.⁷

La especialización productiva es el proyecto que guía la reconversión económica auspiciada por la gran burguesía chilena. Sus ejes fundamentales son la producción minera, la explotación forestal, las actividades pesqueras y el desarrollo de ciertos rubros agrícolas y agroindustriales. A esto se agrega la industrialización de algunos derivados de estos ejes: celulosa, papel, productos metálicos, conservas, maderas, etcétera.

Este proceso ha exigido la reestructuración del aparato productivo en todos sus sectores, con la destrucción de múltiples unidades productivas, en aras de fortalecer y expandir los nuevos rubros prioritarios.

El sector industrial tiene un espacio en este proyecto, pero ya no con el carácter orgánico atribuido al modelo anterior, sino desequilibrado y subordinado a los nuevos sectores de punta, lo que aumenta las desiguales condiciones de crecimiento y expansión entre sus ramas y sectores.

Es erróneo plantear que el actual patrón de desarrollo exige la destrucción del sector industrial.⁸ Quienes así opinan no ven que la especialización productiva en marcha implica el abandono del antiguo modelo de industrialización, para poner en marcha otro patrón de desarrollo que tiene como

⁷ Son ampliamente conocidas las “ventajas” de la economía chilena en producción minera y particularmente en cobre. Pero hay otros rubros que considerar. Así, por ejemplo, el pino insigne, de donde se extrae la pulpa de fibra larga que sirve para producir celulosa, papel de periódicos, cartulinas y papeles finos, crece en Chile tres veces más rápido que en su país de origen, los Estados Unidos. En California este árbol necesita sesenta años para estar en condiciones de ser procesado mientras en Chile sólo se requiere de veinte a veinticinco años. Véase *El Mercurio Internacional*, 7-13 de mayo de 1981.

⁸ Véase Pinto, art. cit.

consecuencia exacerbar los desequilibrios entre sectores de la economía y en el interior mismo del sector industrial. Por lo demás, las estadísticas rechazan de plano la anterior suposición. Según datos de SOFOFA, ya en 1977 (104.2) el sector industrial alcanzó el nivel de crecimiento de 1969 (índice 100), considerado como el último año “normal”, pasando a 114.8 en 1978, 124.2 en 1979 y alcanzando en 1980 un índice de 129.2.⁹

Se ha llegado a argumentar que el desarrollo actual del capitalismo chileno “en nada se parece al tipo de desarrollo de Brasil, México o Venezuela”, con lo que se pretende de mostrar el fracaso del modelo económico.¹⁰ En estas afirmaciones se pasa por alto el hecho que de ninguna manera en las actuales condiciones el capitalismo chileno puede desarrollar una industrialización amplia como la generada en los países indicados, que son junto con Argentina los de mayor desarrollo en la región. No es ése el lugar que asigna la actual división internacional del trabajo al capitalismo chileno, ni el modelo que por tanto se busca alcanzar. La denuncia de la barbarie capitalista que se gesta en el país exige comprender la lógica de las acciones en marcha y no atribuir los resultados actuales a una simple irracionalidad de los actores del proceso.

a] El reordenamiento del aparato productivo

Muchas han sido las medidas emprendidas con el fin de reordenar el aparato productivo. Con ellas se ha buscado fortalecer a la burguesía financiera y a los sectores ejes de la nueva economía, y elevar el nivel técnico de la producción, para volcarse al mercado mundial en niveles superiores de competitividad. En el primer orden destacan la privatización de la economía, la política de shock aplicada en 1975 y las rebajas en las tasas arancelarias. Tras el segundo objetivo se ubican la determinación de la paridad fija del peso frente al dólar y otras medidas menores tendientes a favorecer la importación de bienes de capital.

Una de las argumentaciones utilizadas por los monetaristas del actual gobierno consiste en atribuir los problemas crónicos de la economía chilena, como la inflación, al papel interventor del Estado en la economía. Apoyados en estos planteamientos han impulsado el traspaso de las empresas del sector público al sector privado. Aquél había crecido significativamente bajo el gobierno de la Unidad Popular, en la profundización de una política que caracterizaba al Estado chileno desde los inicios del proceso de industrialización. Es así como de un total de 507 empresas (que incluye bancos e industrias,

9 Banco Central de Chile, Informe Anual 1980, Santiago de Chile, junio de 1981, p. 47.

10 Tal es lo que afirma Sergio Bitar. Véase “El ‘milagro’ chileno”, Nexos, n. 42, México, junio de 1981.

con participación en la propiedad o intervenidas) incorporadas al sector público en 1973,¹¹ el gobierno militar sólo mantenía bajo control estatal doce empresas en 1981. La propia gran minería del cobre ha pasado a ser objeto de la voracidad de los grandes grupos económicos, particularmente extranjeros, al dictarse una nueva Ley Minera, a fines de 1981, que permite el control privado de nuevos grandes yacimientos, si bien el Estado mantiene bajo su propiedad los que ya están en funcionamiento.

La privatización de la economía, más allá de relegar al Estado a un lugar secundario en materia de inversiones y de control de la economía, apunta a un objetivo preciso cual es reconstruir en el plano productivo al sujeto social que impulsa el actual proyecto económico, la burguesía financiera. Esta fracción burguesa es la que se ha privilegiado con la privatización de la economía, obteniendo el control de un sin-número de empresas y el dominio de ramas y sectores económicos. De los 36 grandes grupos económicos detectados para 1978, once tenían una participación relevante en la propiedad de las 250 empresas más grandes del país, controladas hasta 1973 casi en su totalidad por el Estado.

En abril de 1975, luego de producirse el cambio de Fernando Leniz por Jorge Cauas en el Ministerio de Hacienda, se decretó un conjunto de medidas que en forma violenta aceleraron la reordenación económica: tal fue la política de “shock”. Dos de los aspectos centrales de esta política fueron la reducción del gasto público, en un 25%, y la eliminación de la mayoría de los subsidios y exenciones existentes en el pago del impuesto al valor agregado (IVA).

11 Alejandro Foxley, Hacia una economía de libre mercado: Chile 1974.1979, Colección Estudios CIEPLAN, n. 4, Santiago de Chile, noviembre de 1980, p. 15.

Cuadro II

GRADO DE CONCENTRACIÓN DEL PODER DE GESTIÓN DE LAS 250 EMPRESAS MÁS GRANDES DE CHILE

Control	Empresas		Patrimonio Dic. 1978	
	No.	% del total	US\$ Mill.	% total
1. Grupo				
Cruzat-Larraín	37	14.8	936.88	24.72
2 Grupo				
Vial J.	25	10.0	477.3	12.61
3. Grupo				
Matte E.	12	4.8	325.31	8.59
4. Grupo				
Angelini A.	8	3.2	141.8	3.74
5. Grupo				
Luksic A.	8	3.2	139.06*	3.67
6. Grupo				
Gálmez	2	0.8	98.23	2.59
7. Grupo				
Edwards A.	9	3.6	95.95	2.53
8. Grupo				
Yarur Banna	4	1.6	92.02	2.43
9. Grupo				
Lepe R.	3	1.2	67.58	1.78
10. Grupo				
Hochschild	4	1.6	70.73	1.87
11. Grupo				
Briones H.	3	1.2	54.89	1.45
12. Otros 30				
grupos y				
subgrupos				
económicos	63	25.2	432.87	11.43
13. Capitales				
Extranjeros	35	14.0	493.09	13.01
14. Grupos de				
37 empresarios				
Individuales	37	14.8	363.16	9.58
	250	100.0	3 788.87	100.00

FUENTE: F. Dahse, op. cit., p. 147.

* No incluye Madeco (22.35 millones de dólares)

Estas medidas provocaron una violenta retracción de la economía, producto del brusco descenso de la inversión estatal y del retiro de facilidades prestadas desde antiguo por el Estado a diversos sectores de la burguesía. El producto interno bruto cayó ese año al —12.9% y la producción industrial se derrumbó

a— 25.5%.¹² La aguda crisis impulsada desde el gobierno llevó a diversos sectores a plantear la irracionalidad de esta política. Sin embargo, tenía objetivos claros: acelerar la centralización de capitales y el reordenamiento del aparato productivo.

El dictado de rebajas progresivas en las tasas arancelarias, para llegar en junio de 1979 al 10%, constituye otro de los mecanismos empleados tras los objetivos arriba señalados. Como fruto de esta medida, los empresarios industriales y del comercio han debido afrontar una masiva competencia de productos provenientes de economías con mayores niveles de productividad. El derrumbe de las barreras proteccionistas en un breve plazo provocó un proceso de quiebras masivas. Según datos de la Sindicatura General de Quiebras, en 1980 se rompió el récord de quiebras de empresas de los últimos quince años, cerrando sus puertas 427 empresas. En 1979 las quiebras habían alcanzado a 368 establecimientos.¹³

Pocas burguesías latinoamericanas han llevado a cabo en forma tan violenta el reordenamiento y la centralización de capitales como lo ha hecho la burguesía financiera chilena. Apoyada en la fuerza de un aparato estatal militarizado, ésta ha avanzado sobre diversas capas y fracciones burguesas aplastándolas literalmente y dejando en el olvido las antiguas prácticas de concesiones y negociaciones que caracterizaron a la gestión burguesa anterior al golpe militar. Por ello, la rigidez actual del Estado chileno no es ajena a los requerimientos materiales del nuevo proyecto capitalista.¹⁴

b) Hacia un nuevo estadio en el proyecto de especialización

Una vez cubierta la parte medular de la reconversión, el gobierno se dio a la tarea de elevar las bases técnicas de la producción en los sectores de punta. Este fortalecimiento de la infraestructura busca poner la economía especializada sobre una base material superior, con vistas a lograr un lugar más estable, sólido y competitivo en el mercado mundial, que no sólo se sustente en ventajas naturales, sino también en ventajas productivas. El dictado de la paridad fija del peso frente al dólar, en junio de 1979, constituye una de las herramientas empleadas para lograr este objetivo, medida que ha golpeado a nuevas capas y fracciones burguesas.

En efecto, entre las políticas iniciales del gobierno militar se encontraba la política de permanentes

12 Banco Central de Chile, *Boletín Mensual*, n. 648, febrero de 1982, p. 396.

13 *El Mercurio Internacional*, semana del 21 al 27 de enero de 1982.

14 Algunas ideas sobre este punto pueden verse en mi artículo “El actual Estado chileno”, revista *Punto Final*, n. 198, México, noviembre-diciembre de 1981.

devaluaciones, las cuales tenían como meta incentivar las exportaciones para captar monedas duras, en un momento en que la presión internacional ponía trabas a los movimientos del capital extranjero al país. Al calor de las devaluaciones diversos sectores industriales y —principalmente— agrícolas se volcaron al mercado exterior, en lo que florecieron las exportaciones. En junio de 1976 y marzo de 1977 se producen pequeñas revaluaciones del peso que aminoran los problemas de los sectores burgueses no exportadores y que apoyan la importación de equipos y maquinarias.

Sin embargo, será sólo hasta junio de 1979 cuando la dictadura impulse con fuerza la renovación de la base material, con la determinación de la paridad cambiaria. Con esta medida, el régimen cortó abruptamente las facilidades que venía otorgando a una política indiscriminada de exportaciones. Desde 1978 la economía chilena entra a resolver su vínculo con la burguesía financiera internacional, elevándose desde ese año en forma progresiva la presencia del capital extranjero. De 330 millones de dólares ingresados en 1977, se pasa a 782 millones en 1978 y 1 221 millones de dólares en 1979.¹⁵ De esta forma había condiciones para orientar claramente la política económica en función de los intereses de la burguesía financiera, abandonándose a diversos sectores exportadores a los cuales se necesitó en determinadas condiciones; llegado un cierto momento, el continuar apoyándolos significaba un obstáculo en el logro de un nuevo peldaño para la especialización productiva.

En tanto la inflación en la economía chilena hasta 1980 fue superior a la inflación de Alemania Federal, Estados Unidos y Japón, principales países del comercio exterior chileno, en los hechos la paridad cambiaria fija significó una revaluación del peso y, por tanto, mayores facilidades para las importaciones. Éstas han crecido enormemente en los últimos años, pasando de 3 002.4 millones de dólares en 1978 a 5 820.5 en 1980, teniendo las importaciones suntuarias un peso significativo en el total.¹⁶

15 Banco Central de Chile, *Memoria Anual 1980*, p. 87. Las cifras anteriores sólo se refieren a los créditos externos obtenidos al amparo del Artículo 14 de la Ley de Cambios Internacionales, utilizado preferentemente por el sector privado.

16 Banco Central, op. cit., p. 126.

Cuadro III

CHILE: INVERSIÓN GEOGRÁFICA BRUTA EN CAPITAL FIJO (IGBCF) ÍNDICE: 1970=100

	1971	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979*
IGBCF	101.1	83.2	94.8	69.1	65.9	77.9	86.2	101.8
Maquinaria y equipo	90.7	86.1	88.0	74.2	85.0	110.6	130.4	146.8
—importados	86.7	81.8	84.7	76.5	91.4	120.2	137.5	155.8
—nacionales	106.3	102.7	101.0	65.1	60.5	73.4	99.4	108.9

FUENTE: CEPAL, *Informe sobre Chile*, 1979, p. 6, en base a datos de ODEPLAN.

* Cifras preliminares.

Sin embargo, también las importaciones de bienes de capital y de bienes intermedios básicos han crecido significativamente en los últimos años al calor del cambio monetario estable. En efecto, las importaciones de bienes de capital saltaron de 653.3 millones de dólares en 1978 a 879.1 y 1 219.0 millones de dólares en 1979 y 1980 respectivamente. Por su parte los bienes intermedios crecieron de 1 753.2 millones de dólares en 1978, a 2 486.5 y 3 109.0 millones de dólares en los años siguientes. Cabe agregar que del total de importaciones realizadas en 1980, las de bienes de capital y bienes intermedios representaron más del 74%.¹⁷

En esta misma línea es interesante constatar las cifras del cuadro III.

De acuerdo al índice anterior, en 1972 se superaron los niveles de inversión en maquinaria y equipo de 1971, creciendo en forma sustancial las inversiones en maquinaria y equipo importados.

Todo lo anterior nos permite afirmar que *si bien la base material del capitalismo chileno ha restringido su campo en el sentido horizontal, ha tendido por otra parte a fortalecerse en el sentido vertical*. El propio comportamiento de la tasa de inversión global (15.6% en 1979, 17.9% en 1980 y 19.0% en 1981, según datos de ODEPLAN),¹⁸ por encima del promedio histórico, calculado en un 15%, nos muestra que la burguesía financiera no se ha contentado solamente con controlar la planta productiva del país sino que ha dado pasos para renovarla.

Conviene destacar que la paridad cambiaria también ha jugado un importante papel en el endeudamiento directo del gran capital en el exterior, al impedir un aumento interno de sus deudas. Esto ha fortalecido el crecimiento del mercado de capitales, la capacidad de compra de empresas

¹⁷ Loc. cit.

¹⁸ Hasta 1980 véase Banco Central, op. cit., p. 32. Para 1981 El Mercurio Internacional, semana del 24 al 30 de diciembre de 1981.

estatales y las acciones estrictamente especulativas.

4. *La superexplotación: uno de los pilares del nuevo modelo*

Es indudable que la agresiva embestida del capital sobre la clase obrera chilena, tensando al máximo los recursos para incrementar la tasa de explotación, constituye uno de los pilares fundamentales de la nueva economía. Todas las tendencias históricas en las condiciones de vida y de trabajo de los obreros chilenos han sido trastocadas, debiendo cargar los trabajadores con el peso fundamental del nuevo proyecto capitalista.¹⁹

Cualquier indicador sobre niveles de vida y de explotación demuestra las afirmaciones anteriores. Los sueldos y salarios reales, de un índice 100 para 1970, descienden al 82.3 en 1979.²⁰ El ingreso mínimo familiar, de un índice 100 para 1973, desciende a 33.7 en 1975 y llega al 39.5 en 1978. La jornada de trabajo, por su parte, crece sustancialmente, pasando de 45.2 horas-semana de trabajo en 1970 a 48.4 en 1980.²¹

Mas allá de los recursos extraeconómicos utilizados por el régimen, éste se ha apoyado en condiciones económicas reales, creadas por la dinámica de la reconversión y centralización de capitales, para incrementar la explotación. El principal recurso en este sentido ha sido la gestación de un enorme ejército industrial de reserva que ha favorecido la baja de la tasa media salarial. Aun considerando válidas las cifras oficiales, las cuales se ven disminuidas al no incorporar el vasto subempleo cubierto en las actividades del comercio callejero, las cifras sobre desempleo indican niveles nunca antes alcanzados por el capitalismo chileno en su fase industrial. Entre 1960 y 1973 el promedio de desempleo alcanzó al 5.1% de la fuerza de trabajo, mientras que en 1980 la tasa de desempleo se encontraba en el 12%. En todos los años anteriores la tasa de desempleo fue aún superior,

19 Para un desarrollo más amplio de este punto, véase nuestro trabajo *La superexplotación en el nuevo patrón de reproducción de capitales en Chile*. Ponencia al Seminario Crisis, Nuevas Tecnologías y Procesos de Trabajo, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y de la Facultad de Economía de la UNAM. México 20-31 de julio de 1981.

20 R. Cortazar y J. Marshall, *Índice de precios al consumidor en Chile 1970-1978*, Colección de Estudios de CIEPLAN, n. 4, p. 162.

21 *Páginas Sindicales*, sin referencias, n. 27.

siendo de 13.4% en 1975, de 16.3% en 1976, de 14% en 1977 y 1978 y de 13.6% en 1979.²²

Uno de los fenómenos que mejor reflejan la aguda superexplotación reinante en el país es la situación de los trabajadores del Plan de Empleo Mínimo (PEM). Este plan fue creado por el gobierno en 1975 con el fin de paliar la creciente cesantía. No era ajeno a este objetivo el mantener organizada a una vasta capa del proletariado cesante para hacer frente a las necesidades del capital, como ha venido ocurriendo en los últimos años. En efecto, en sus comienzos los trabajadores del PEM se abocaban exclusivamente a labores de aseo y servicio en diversas municipalidades del país, con jornadas reducidas de trabajo y percibiendo un salario inferior al mínimo. Sin embargo, en los últimos años es creciente la incorporación de los trabajadores del PEM a labores productivas, con tendencia a un incremento de sus jornadas de trabajo. Todo esto ocurre en un cuadro en donde mantienen su calidad de trabajadores subocupados y bajo las condiciones salariales del PEM.

Los salarios del PEM, ya de suyo paupérrimos, han sufrido en los últimos años un marcado deterioro. Así, el salario del PEM en 1980 (1 300 pesos mensuales equivalentes a 33.3 dólares) representó menos del 43% del monto pagado en 1975. Por otra parte, en 1979 se retiró una serie de beneficios adicionales (como raciones alimenticias, seguro contra accidentes, etcétera) que hacían menos pesada la explotación.

Es importante destacar que a pesar de este cuadro de agudo recrudecimiento de la explotación, se asiste en los últimos años a un incremento del número de personas que ingresan al PEM. Es así como en 1975 son 125 mil los trabajadores incorporados al Empleo Mínimo (cerca del 2.6% de la fuerza de trabajo), mientras en 1980 el monto de trabajadores en el PEM asciende a 192 mil (cerca del 6.5% de la fuerza de trabajo).²³

Además de fijarse la paridad cambiaria, en 1979 se pone en vigor el llamado Plan Laboral, conjunto de decretos que apuntan a institucionalizar la aguda explotación reinante en el país. De esta forma 1979 marca el punto en donde se establecen los dos soportes fundamentales sobre los cuales el gran capital busca asentar su nuevo proyecto económico: la productividad del trabajo y la superexplotación.

El Plan Laboral establece una serie de medidas que buscan impedir la recomposición sindical y clasista del movimiento obrero chileno, e imponer salarios de hambre en las negociaciones colectivas. En efecto, se fomenta el paralelismo sindical dentro de las empresas, se ponen topes de 59 días a las huelgas, pasados los cuales los empresarios pueden contratar nueva mano de obra, etcétera.

22 Revista *Mensaje*, Santiago de Chile, n. 286, en base a datos del Instituto Nacional de Estadísticas, ODEPLAN y CELADE.

23 Cable IPS, del 5 de marzo de 1981, con datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) y del Ministerio del Interior.

Estas y muchas otras medidas han provocado que en las múltiples negociaciones y conflictos desarrollados desde 1979, las soluciones en la casi totalidad de los casos hayan favorecido las propuestas empresariales. Este agresivo marco de negociaciones ha ido generando como respuesta en el movimiento sindical la tendencia a desarrollar sus conflictos por canales ajenos a los fijados por la nueva legislación laboral, lo que si bien no se ha traducido en la obtención de las de-mandas planteadas, muestra una dinámica rupturista de significativa importancia.

5. Reactivación económica y recesión

De 1977 a 1981 el crecimiento de la economía chilena ha sido sustancialmente superior al que presenta el conjunto de países de la región. De acuerdo a cifras de CEPAL, la situación es la siguiente:

Cuadro IV

EVOLUCIÓN DEL PRODUCTO INTERNO BRUTO PARA ALGUNOS PAÍSES DE AMÉRICA LATINA (Tasas anuales de crecimiento)

País	1976	1977	1978	1979	1980	1981*
Argentina	—1.7	4.9	—3.4	8.5	0.0	—6.0
Brasil	9.0	4.7	6.0	6.4	7.5	2.0
Chile	4.1	8.6	7.8	8.5	5.5	5.0
México	2.1	3.3	7.3	8.0	7.5	8.0
América Latina (19 países)	4.6	4.5	4.6	6.3	5.3	1.2

FUENTE: CEPAL, *Notas sobre la economía y el desarrollo en América Latina*, n. 133, enero de 1981.

* Según datos preliminares. Cable de AP, 2 de diciembre de 1981.

Las cifras anteriores no muestran con elocuencia las situaciones disímiles por las que ha atravesado la economía chilena en este periodo. En efecto, entre 1977 y 1979 se vive un periodo de franca recuperación, como resultado de la combinación de la utilización de la capacidad instalada ociosa y de las inversiones que tienden a crecer.

Es tal la euforia triunfalista en el gobierno que llega a hablarse del “milagro chileno”. Se plantea haber entrado de lleno a una etapa de expansión y se cree que la economía ya cuenta con sólidos pilares capaces de resistir los embates internos e internacionales. Pero no pasaría mucho tiempo para que la realidad mostrara una situación distinta.

1980 marca el punto de inflexión entre una economía que aún crece sustentada fundamentalmente en

sus bases materiales anteriores, aunque reconvertida, y una economía que se renueva pero en un cuadro internacional cada vez más desfavorable, lo que saca a la luz las limitaciones no sólo del pasado sino también las del proyecto capitalista presente. A fines de 1980 el empuje de la economía comienza a declinar y el crecimiento del 5.5%, a pesar de ser inferior a los años precedentes, no refleja claramente los signos del deterioro que se avecina.

Lo mismo ocurre con la cifra de crecimiento de 1981, año en que la recesión irrumpe con fuerza. El segundo semestre de ese año la economía chilena entra en un profundo estancamiento. La brusca elevación de las tasas de interés —forzada por los elevados montos que éstas alcanzan en los Estados Unidos y por restricciones monetarias internas— significa la gota que rebasa el vaso, luego del estrechamiento de los mercados exteriores y la baja de los precios y de la demanda de los principales rubros de exportación, en particular del cobre, el cual alcanza la cotización más baja de los últimos veinticinco años.

El proceso recesivo que vive la economía chilena, si bien se enmarca en el recrudescimiento de la crisis mundial capitalista en los últimos meses, sólo se puede explicar en su profundidad y duración recurriendo a los factores internos. Queremos destacar dos elementos del actual ciclo de capital que permiten una internalización de la crisis mundial. En primer lugar, es necesario constatar que parte sustancial del mercado de capitales y de la acumulación están constituidos por los flujos del capital extranjero. Esto, que constituye una tendencia generalizada del capitalismo dependiente latinoamericano, presenta en el caso chileno niveles relativos superiores que se expresan en el hecho de que se trata del país con la mayor deuda externa per capita (más de mil dólares por habitante para 1981), y el país más endeudado de la región en relación al valor de su producción interna.²⁴

Esta fuerte dependencia respecto del capital financiero internacional provoca que los vaivenes y fluctuaciones de dicho capital repercutan internamente en forma sustancial. En los últimos meses de 1981 y comienzos de 1982 el flujo de capital extranjero hacia el país tendió a decrecer, lo que constituyó uno de los factores que elevaron el costo del crédito interno y que propiciaron la caída de la producción. Para el primer trimestre de 1982 el ingreso neto de créditos externos totalizaba 308 millones de dólares, mientras que para igual periodo de 1981 dicha cantidad alcanzó los 508 millones de dólares. A esta baja debe agregarse una disminución en los plazos de pago de los préstamos extranjeros y una elevación de las tasas de interés adicional (por sobre la tasa internacional LIBOR).²⁵

24 Para 1981 la deuda externa del país, cercana a los 13 mil millones de dólares, cubría poco menos del 50% del valor del Producto Geográfico Bruto.

25 Véase *El Mercurio Internacional*, semanas del 11 al 17 de febrero, del 11 al 17 de marzo y del 29 de abril al 5 de mayo

Por otra parte, la nueva economía chilena es sumamente vulnerable, por hacer del mercado mundial su campo fundamental de realización sin haber logrado consolidar su lugar en dicho mercado en base a la productividad y sustentada en una estrecha diversificación productiva. Esto provoca que en las actuales condiciones de restricción de los mercados, el ciclo económico no cuente con espacios que aseguren su funcionamiento sin interrupciones.

A estos elementos se agregan las medidas recesivas tomadas por el gobierno, que han profundizado el deterioro económico. Estas medidas, como la reducción del gasto público y la elevación de impuestos, han pesado mucho más que las medidas reactivadoras puestas en marcha, como pequeñas franquicias para exportar, disminución de plazos de pago de créditos para importar, control antidumping, etcétera.

El conjunto de estos elementos se ha conjugado, provocando la elevación de las tasas de interés bancario, la reducción del circulante y la quiebra de nuevas unidades productivas, muchas de ellas capitales reconvertidos, esto es, agentes del nuevo patrón de desarrollo. Su resultado ha sido violentas disputas entre el gobierno y las asociaciones empresariales, creando fisuras dentro de la alianza dominante desconocidas en todo el periodo dictatorial previo. El remplazo del ministro de Hacienda Sergio de Castro, principal impulsor de medidas recesivas en la crisis, busca morigerar los conflictos dentro del gobierno. Sin embargo, las perspectivas de prolongación de la recesión para todo 1982 no parece favorecer tales objetivos.

A pesar de la recesión, el gobierno ha continuado impulsando la estrategia de especialización productiva. Por ello las inversiones en la infraestructura necesaria al nuevo proyecto estratégico se han mantenido durante 1981: modernización de puertos, nuevas centrales hidroeléctricas, mayor capacidad en la producción de petróleo, nuevas carreteras en la zona sur maderera, etcétera.²⁶

La acentuación de los recursos para el logro de una mayor explotación de los trabajadores también se ha hecho presente en este periodo de recesión. El elevado incremento de la tasa de cesantía (se espera que alcance el 20% a fines de 1982) ha otorgado nuevas ventajas al capital. A fines de 1981 el gobierno decretó dos nuevas leyes complementarias a las que conformaron el Plan Laboral: la ley 18.018 y la 18.032. Por medio de la primera legaliza el pago de salarios inferiores al salario mínimo a trabajadores “aprendices” y a los menores de 21 años y mayores de 65. A su vez se permite el des-pido simultáneo de más de diez trabajadores, sin autorización de los ministerios del Trabajo y de Economía como sucedía anteriormente, y se reduce el pago de horas extraordinarias.

de 1982.

26 Véase Patricia Olave, “La inversión estratégica”, *Excélsior*, Sección Financiera, México, 8 de febrero de 1982.

Con la segunda ley el gobierno aplica todas las reglas de la nueva legislación laboral a los trabajadores portuarios, quienes estaban exentos hasta la fecha de esas medidas. La disminución de salarios, mayores jornadas de trabajo y la reducción del número de trabajadores por cuadrilla, además de la pérdida del derecho al trabajo estable, fueron las ven-tajas inmediatas que lograron las empresas exportadoras con la nueva medida.

6. *Las esferas de realización*

El acrecentamiento del polo de la miseria en el mismo proceso que produce el fortalecimiento del polo de la riqueza, constituye una característica inherente a la acumulación capitalista. Como en todas las contradicciones, ésta es tensada al máximo en el capitalismo dependiente. Una de sus expresiones es la tendencia de la economía a desarrollarse en una línea cada vez más alejada de los intereses de las mayorías, provocando la ruptura de la producción con la demanda de los asalariados y su ligazón con el socialmente estrecho mercado creado por la plusvalía no acumulada.

De 1973 en adelante, las tendencias a la constitución de dos mercados en el plano interno han madurado aceleradamente, diferenciándose por su dinamismo y expansión. Es así como el estrato constituido por el 20% más pobre de la población bajó en su participación en el consumo total, del 7.6% en 1970 al 5.2% en 1979, mientras el estrato constituido por el 20% con mayores ingresos subió en igual periodo del 44.5% al 51%.²⁷

Frente al derroche en el consumo suntuario, que alcanza niveles grotescos en el país, está la otra cara del mismo proceso: las masas trabajadoras no encuentran las mínimas condiciones para su reproducción normal. El cuadro siguiente refleja esta situación al presentar el significativo descenso en el consumo de productos básicos.

²⁷ René Cortazar, *Distribución del ingreso, empleo y remuneraciones en Chile 1970-1978*, Colección Estudios Especiales de CIEPLAN. n. 2, Santiago de Chile.

Cuadro V

CONSUMO DE PRODUCTOS BÁSICOS EN LOS HOGARES CORRESPONDIENTE AL 20% MÁS POBRE DE LA POBLACIÓN (pesos de junio de 1978)

Productos básicos	1969	1978	variación
Harinas y féculas	387.6	406.8	5.0
Carnes	357.9	219.1	—38.8
Aceites	105.4	71.2	—32.4
Lácteos y huevos	138.9	106.1	—23.6
Vegetales y legumbres	144.0	97.5	—32.3
Azúcar	97.0	73.4	—24.3
Energía y combustible	227.3	181.8	—20.0
Transporte urbano	129.8	102.9	—20.7
Total	1 587.9	1 258.8	—20.7

FUENTE: Alejandro Fraley, op. cit., p. 34.

La fuerte polarización del mercado interno constituye la otra cara de una economía que busca volcarse al mercado mundial como campo fundamental de realización. Con esto tiende a reproducirse, bajo nuevas condiciones técnicas, el ciclo del capital que caracterizó a la economía chilena en su etapa agrominera exportadora.

El crecimiento de las exportaciones ha sido sustancial en los últimos años. De un valor de las exportaciones de 962.2 millones de dólares en 1971, se ha pasado en 1980 a los 4 818.1 millones de dólares. La producción minera constituye el eje de estas actividades (2 919.4 millones de dólares) y dentro de ésta el cobre en particular (con 2 200.4 millones de dólares). Otros nuevos rubros ejes de la especialización le siguen en importancia: pino insigne (261.9 millones de dólares), harina de pescado (233.7), celulosa (230.6) y molibdeno (229.0).²⁸

La burguesía chilena ha aprovechado las disputas interimperialistas que se desarrollan en América Latina, abriendo paso a nuevas relaciones comerciales con los centros capitalistas, en particular con Alemania Federal, Japón y también con el subimperialismo brasileño. Sin embargo, luego de algunos años de baja, Estados Unidos volvió a constituirse en 1981 en el principal punto del comercio exterior chileno, absorbiendo 646.4 millones de dólares en exportaciones y vendiendo a Chile bienes por 1 496.2 millones de dólares. Japón, por su parte, constituye el segundo centro del comercio chileno, vendiendo principalmente bienes de consumo suntuarios (autos, motos, aparatos eléctricos, fotográficos y electrónicos, etcétera) por un valor de 829.5 millones de dólares en 1981 y comprando ese mismo año

²⁸ Banco Central de Chile, *Boletín Mensual*, n. 648, febrero de 1982, p. 370.

exportaciones chilenas por 414.0 millones de dólares (maderas, celulosa, papel, cobre). Alemania Federal, con cifras menores en importaciones y exportaciones, completa el cuadro de la diversificación que presenta el comercio exterior de la nueva economía chilena.²⁹

Cabe destacar por último que a pesar del retiro de Chile del Pacto Andino, el comercio de este país con América Latina es sumamente fluido e importante: 852.3 millones de dólares exportados en 1981 y 1 473 millones de dólares importados de esta zona para el mismo año. Sin embargo, Brasil y Argentina (el primero de lejos el más importante país latinoamericano en el comercio chileno), dos países no miembros del Pacto Andino, constituyen los principales demandantes de las exportaciones chilenas en la zona, absorbiendo más del 60% de las mismas.³⁰

CONCLUSIONES

Mas allá de apoyarse en ciertos rubros que cuentan con un peso tradicional, aunque sobre nuevas bases técnicas y articulados como ejes con el conjunto de los sectores, lo cierto es que la nueva economía chilena poco o nada tiene que ver con los modelos y concepciones de desarrollo que prevalecieron en el país las tres décadas previas al golpe militar.

Aferrados a aquellas concepciones de desarrollo que han sido alimentadas en América Latina en gran medida por la CEPAL y mistificando en muchos casos las características del capitalismo chileno previo al régimen militar, diversos analistas han tendido a presentar la actual situación económica como simple saqueo, especulación y vaciamiento de las riquezas del país.³¹ Preocupados más por lo que se destruye (las bases de los modelos de desarrollo anteriores), no han puesto suficiente atención en constatar lo que el capital construye, atribuyendo por ello un nivel de irracionalidad a la política económica en marcha que parece rayar en la locura. De esta forma sólo ven ruinas y una economía arrasada.

Esta línea de reflexión, si bien puede tener algún valor como denuncia de las atrocidades que comete el gran capital nacional e internacional, poco sirve a la hora de pasar de la denuncia a la definición de un proyecto de democratización que necesariamente debe partir por comprender los puntos reales de fortaleza y debilidad del actual gobierno.

29 Ibid., pp. 375 y 385.

30 Ibid., p. 386.

31 Véase los trabajos de Pino y Bitar antes indicados.

La profunda recesión que vive la economía chilena desde mediados del año pasado, y que no tiene visos de superarse durante 1982, ha provocado significativos resquebrajamiento en el seno de la alianza gobernante, lo que ha exigido cambios en materia económica. Tras el remplazo de Sergio de Castro en el Ministerio de Hacienda, a fines de abril pasado, el gobierno ha comenzado a impulsar una serie de medidas que implican mayores responsabilidades del Estado (nuevas inversiones públicas, subsidios a las empresas que creen nuevos puestos de trabajo, etcétera), en una clara morigeración de la política monetarista.

Con objeto de comprender cabalmente lo que estos pasos significan, conviene distinguir las medidas económicas con perspectivas estratégicas, de aquellas que están determinadas en su formación por las características del ciclo económico. En este sentido, todo parece indicar que, más que atentar contra los lineamientos básicos que han guiado la conducción económica, las recientes medidas “intervencionistas” no buscan constituirse en el inicio de la “reconquista” del Estado de su antiguo papel en la economía.

El monetarismo constituye el instrumento fundamental de la burguesía financiera para orientar la construcción del nuevo modelo de desarrollo o, más rigurosamente, el nuevo patrón de reproducción de capitales. Si bien ambos elementos se imbrican, no constituyen de ninguna manera la misma cosa. Por ello las modificaciones o virajes que sufre la política económica no necesariamente significan cambios de fondo en el modelo estratégico. Más bien reflejan las dificultades del gran capital por caminar directamente hacia el fortalecimiento del patrón de desarrollo, ante los problemas económicos y la agudización de la lucha interburguesa. Por ello debe avanzar en zigzag, flexibilizando la implementación de políticas monetaristas.

La aguda situación económica ha desatado nuevos elementos que se conjugan para propiciar una crisis política: fuertes roces entre el gobierno y los organismos empresariales, disputas en el seno de éstos, fortalecimiento de las políticas unitarias en el movimiento sindical, confusión en el seno de las Fuerzas Armadas. Los problemas económicos han significado una dura derrota ideológica para el régimen, el cual ha perdido credibilidad entre sus aliados. De la evolución de estos elementos depende la fuerza con la cual continuará su marcha el proyecto económico del gran capital: si logra sortear el actual periodo crítico y retoma su despegue, o bien sale tan debilitado que se alimenta la hoguera de una nueva crisis política en el país.

México D.F., mayo de 1982